



La Llorona

(3 de febrero de 1957)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2619

DOMINGO 29 DE NOVIEMBRE DE 2020

Rosita Martínez Licea, una princesa
de la Feria de Colima. (ilustración digital)



ESCRIBEN: Luis Manuel Cárdenas Martínez, tercer lugar del Premio Estatal de Viñetas Manuel Sánchez Silva 2020;
Carlos Ramírez, Salvador Velazco, Magda Escareño, Ángel Gaona, Ramón Moreno y Carlos Caco Ceballos.

Leer bajo el volcán



Alejandro Rangel Hidalgo. Artista y Cuentacuentos

Carlos Ramírez Vuelvas

Ya hace varios años, en el 2003, el Gobierno del Estado de Colima, Fomento Cultural Banamex, el Gobierno del Estado de Jalisco y el extinto Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, editaron el maravilloso libro *Alejandro Rangel Hidalgo. Artista y Cuentacuentos*, una excelente investigación firmada por el arquitecto Guillermo García Oropeza, que recupera y comenta buena parte de la obra de nuestro entrañable artista, Alejandro Rangel Hidalgo. Más que un diseñador, un arquitecto; más que un artesano, un alarife; más que todo eso, un artista; y más allá, un ser humano prodigioso. Sus trazos finos, su colorido sobrio y la imaginación elegante de las manos y la mirada rangeliana, son comentadas con amena facilidad por García Oropeza. Los invito a conocer este museo impreso de Rangel Hidalgo. Los invito a leer literatura colimense.



Más que un
diseñador.
un arquitecto; más
que un artesano.
un alarife; más que
todo eso, un artista.



A 500 años de la llegada de los españoles a México (1519-1521)
XXIX

El requerimiento y fray Francisco de Vitoria

Ramón Moreno Rodríguez*

En número pasado (*Extraña manera de insultar*) me permití transcribir el llamado “Requerimiento”, legajo plagado de estulticias que retrata muy a las claras la mentalidad imperialista y soberbia de no pocos españoles que vivieron durante los años de la conquista hispana en América. Quiero ahora contarle al lector el origen de tan infamante texto.

Dice el padre Las Casas que ese legajo lo escribió el abogado de la corte Juan López de Palacios Rubios, hombre compasivo y temeroso de Dios, que mucho se compadecía del sufrimiento que le contaban de los indios. Él nunca estuvo en el Nuevo Mundo, todo lo supo de oídas.

En realidad, el padre Las Casas tiene una buena opinión de aquel cortesano y dice creer en las buenas intenciones de haber propuesto se les leyera a los indios aquel *requerimiento* antes de empezar cualquier hostilidad. Pero el mismo fraile reconoce de lo inútil y risible que es dicho texto. Digamos que la idea de Palacios Rubio era —y con eso demuestra lo desconectado que estaba de la realidad— era evitar muertes inútiles, pues pensaba que si los indios se enteraban del mensaje con tiempo, se excusarían no pocas batallas. La lógica y los hechos demuestran que nadie en su sano juicio que es amenazado de muerte y esclavitud —como lo anunciaba aquel pliego— dejará de defenderse de tamaño amenaza y agresión.

Dejemos de lado los torpes argumentos en que se dice que los papas y los reyes de España eran dueños de las tierras indianas. Vayamos a lo que se esconde detrás de tales alucinadas ideas como se pueden leer en el texto de marras. Había por aquellos tiempos, me refiero a los años del descubrimiento de Colón y hasta mediados del siglo XVI, una polémica en la Corte de los reyes españoles: si la nación ibérica tenía derecho o no a entrometerse en los asuntos americanos y, sobre todo, a apropiarse de las riquezas de acá.

Había, en términos generales, dos posiciones principales y luego variantes de éstas. Por un lado, los complacientes con los conquistadores sostenían que España (y en particular ellos en su nombre) tenían derecho a apropiarse de las riquezas americanas y esclavizar a los indios que las poblaban si era necesario; por el otro lado, estaban los que negaban tal derecho (normalmente gente de la iglesia) y dado el caso matizaban mucho tal prerrogativa.

Los primeros sostenían su posición en una vieja tradición medieval casi olvidada para entonces y que les venía como anillo al dedo para justificar tan absurdas pretensiones. Se había dicho cientos de años atrás que Cristo, como Dios vivo, era rey del mundo y que al ascender a los cielos había dejado en su representación a San Pedro y que éste, a su vez, había dejado en sucesión de su persona a los papas de Roma. Luego entonces, éstos, tenían una doble potestad, la divina y la humana. Era la llamada teoría de las dos

espadas. Los papas tenían en su poder dos de estas armas, la flamígera, para castigar los pecados y la de acero, para castigar las culpas terrenales.

Hoy nos suena todo esto a muy descabellado, pero la verdad es que muchos papas utilizaron o pretendieron utilizar dichos poderes y hay muchos casos registrados a lo largo de la historia en que los papas, utilizando su condición de reyes del mundo, depusieron reyes, emperadores y príncipes (algunos no lo alcanzaron, pero por lo menos lo intentaron).

Por el otro lado, estaban los que sostenían que la autoridad papal era esencialmente religiosa, es decir, moral, y que por lo tanto ni eran reyes del mundo, ni podían quitar ni poner reyes, y mucho menos si esos reyes no eran cristianos. Y para sostener esta idea no tenían otros argumentos sino la realidad cotidiana: ¿si el papa quería quitar al emperador de China lo podría hacer? Por supuestos que no.

Derivaban de estas ideas el principio de la *guerra justa*. Es decir, los cristianos podrían iniciar una guerra contra sus enemigos (los sarracenos en general o los turcos en particular) siempre que estuviera de por medio la defensa y el resarcir agravios contra el patrimonio y la fe de los cristianos. Fuera de esta esfera, los cristianos no tenían derecho de llevarle la aguerza a ninguna nación que a su vez no le había hecho mal ninguno a ninguna nación cristiana. Y en ese presupuesto se encontraban los reinos de las Indias que Colón y los que después de él vinieron, fueron descubriendo sucesivamente al finalizar el siglo quince y empezar el siguiente de dieciséis.

Hoy, quienes defendieron esta posición tienen un alto reconocimiento público. Una figura que se destaca mucho es la del fraile dominico Francisco de Vitoria que escribió, principalmente, dos discursos llamados *relecciones* y que leyó en la Universidad de Salamanca, defendiendo tales ideas. Palacios Rubios comulgaba con los primeros, pero no dejaba de ver que Vitoria y su bando (al que pertenecía el padre Bartolomé de las Casas) tenían razón, pero sobre todo que partían de una justa y bien entendida piedad cristiana.

El escrito ideado por el abogado cortesano buscaba encontrar justificación a lo injustificable, en inventar la cuadratura del círculo y de él sólo resultó un bodrio que no es sino la más alta y depura muestra del humor involuntario. A la luz de estas explicaciones, invito al lector a repasar las líneas de este escrito que reproduzco por completo en mi entrega ya pasada y que como dije se titula *Extraña manera de insultar*.

*Doctor en literatura española. Imparte clases en la carrera de Letras Hispánicas en la UdeG, Cusur.

ramonmr.mx@gmail.com



A las nueve en punto

El velador

Salvador Velazco

En la entrega anterior de esta columna (“Necroturismo en Buenos Aires”, publicada el 8 de noviembre) hablé del cementerio la Recoleta. Decía que esta necrópolis de Buenos Aires se distingue por sus mausoleos de gran belleza que sirven de morada eterna a gran parte de la aristocracia argentina. En México tenemos una suerte de Recoleta en el panteón más importante de Culiacán, Sinaloa. Me refiero a Jardines de Humaya, en donde los señores de la droga comparten sepulcros con empresarios y políticos de ese estado. Aquí se erigen excelsas criptas, lujosas capillas y suntuosos mausoleos que parecen emular las mezquitas de Estambul; arquitectura simbólica de un poder económico derivado, en gran medida, de las actividades del crimen organizado.

La cineasta Natalia Almada (México, 1974) seleccionó Jardines de Humaya como escenario para su trabajo documental, *El velador*, del año 2011, que ya se encuentra disponible en YouTube (<https://www.youtube.com/watch?v=Ubyo-G9xAr7g>). Almada se propone hacer una meditación sobre la violencia que azota al país, generada por la guerra contra los cárteles del narcotráfico. Lo hace sin apelar al morbo y al horror, al sensacionalismo y la espectacularidad. *El velador* habla de esta violencia, pero sin mostrarla directamente. Podríamos decir que la cineasta solo se limita, aparentemente, a observar lo que ocurre en un rincón del cementerio con su cámara montada en un trípode.

Veremos a Martín, el velador, ejecutando su labor de vigilancia noche tras noche; a Mercedes, la joven viuda del policía que invariablemente realiza el mismo ritual de limpieza del sepulcro dedicado a su esposo; a aquella madre anónima que entierra a su hijo con un llanto desgarrador como si fuera una ‘llorona’ moderna. Así como también veremos a los trabajadores en su diaria tarea de construcción de los mausoleos y al vendedor de frutas y refrescos que escucha la radio al atardecer.

En realidad, la que se cuenta en el documental de Natalia Almada es una historia ‘desdramatizada’, por así decirlo, con escasos diálogos, sin música incidental, sin una voz que narre lo que está sucediendo, sin entrevistas a los actores sociales, con una cámara casi siempre fija. Uno podría pensar que estamos en presencia de un documental de modalidad observacional, en donde la cineasta se convierte en una ‘mosca en la pared’ que se limita a ver el mundo histórico que se despliega frente a su cámara. Pero, a decir verdad, es algo más que eso. Frente a este documental los espectadores tenemos la sensación de experimentar el mundo de una manera poética.

El trabajo de Natalia Almada alterna ritmos visuales (la luz de la mañana que,

de golpe, baña los sepulcros del cementerio dejando atrás las sombras de la noche; los primerísimos planos a las manos del velador, por ejemplo), con ritmos sonoros que combinan sonidos y silencios (la intensa lluvia que golpea el tejado de la casita

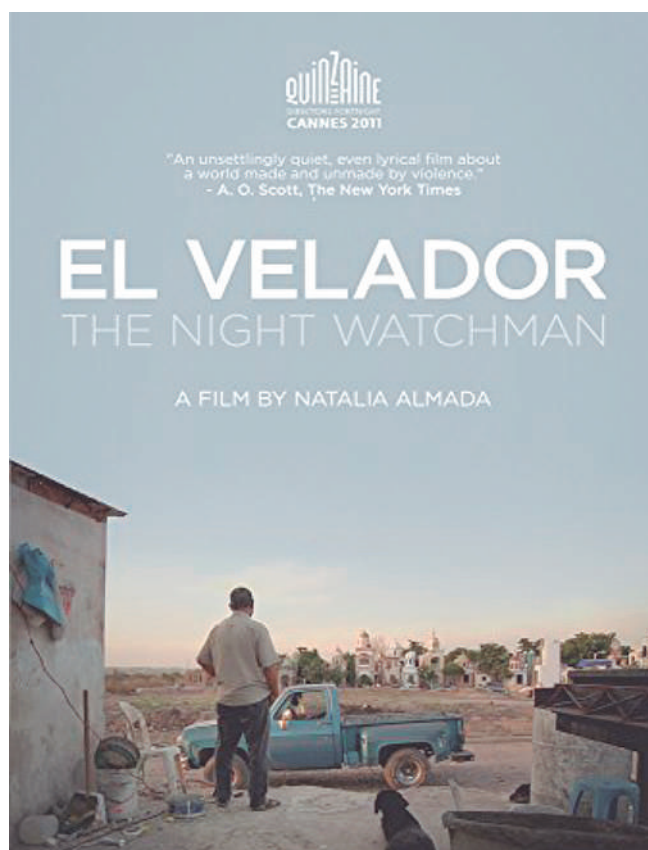
de Martín o el sonido persistente de los moscos en la noche sinaloense, el viento que sacude las lonas con las fotografías de los jóvenes sicarios recién enterrados), con metáforas que condensan el drama que vive el país (el gigantesco hoyo que hace febrilmente una máquina y que vamos viendo poco a poco a lo largo del documental primero en planos más o menos cerrados y al final en un gran plano general). Hay una sucesión de planos fijos que construyen un tiempo no cronológico, como si se intentara aprisionar la imagen de eternidad a que todo cementerio convoca.

El velador ofrece una manera alternativa de conocimiento, una que, más allá de la mera observación, construye atmósferas y tonos apelando a la emoción, a lo sensorial; es un tipo de documental que se preocupa más por la expresión que por la narración y en ese sentido prioriza la capacidad de provocar una respuesta emocional en el espectador. En definitiva, la del documental es una historia cuya narrativa no está en el argumento, sino en el ritmo visual y sonoro, que no depende tanto de la palabra como de los gestos de los actores sociales para hacernos saber sus emociones.

Sin embargo, esto no significa que el filme no establezca una conexión con el mundo exterior a Jardines de Humaya. Precisamente, la función de los noticieros de televisión que cada noche ve Martín, el velador, es para dar una idea del grave conflicto que vive el país por la guerra entre los cárteles y el Estado mexicano. Así podemos ir sumando el número de muertos, los capos que van cayendo, las víctimas del fuego cruzado entre sicarios y soldados; muchos de los cuales tendrán su tumba en este cementerio de Culiacán.

Si en el documental podemos escuchar los noticieros durante la noche, lo que vemos en el cementerio en el transcurso del día son los rituales que le siguen a la muerte: los entierros, los llantos de los familiares y amigos, el luto y el dolor, las fotografías de los jóvenes sicarios. Pero, sobre todo, lo que estamos siempre viendo es el proceso de construcción de más sepulcros y mausoleos. En esta necrópolis solo advertimos los efectos de la guerra que está librando el país. Así, *El velador* provoca una respuesta en el espectador para que

este haga las conexiones e implicaciones soterradas de la violencia que está generando espacios como el de Jardines de Humaya. El poder del documental de Natalia Almada ha sido convertir ese cementerio en un símbolo mayor de la violencia en México. Nuestra Recoleta mexicana.





VIÑETAS DE LA PROVINCIA

La Llorona

Don Manuel Sánchez Silva

(3 de febrero de 1957)

Entre las viejas tradiciones y consejas, que desde la época colonial han resistido el paso de los años y del sentido común, se destaca la leyenda de La Llorona: alma en pena, según la superstición popular, condenada a recorrer el mundo clamando por su hijo, muerto en un rapto de cólera matricida.

Tema fecundo de relatos impresionantes ha sido el de La Llorona, cuyos lamentos juran haber escuchado las viejas afectas a los cuentos de espantos y fantasmas, narrados en las noches sin luna y en rueda de oyentes ingenuos, que siguen angustiados el hilo de la historia, con el vello erizado por el horror y el corazón sobrecogido por la congoja que produce las cosas del otro mundo.

En 1924 vino a Colima y actuó en el teatro Hidalgo una compañía de revistas, en que la primera figura femenina se hacía llamar “La Perla Indiana”. Tratábase de una linda muchacha de 20 años, fresca y sonriente, cautivante como una mañana de abril. Se presentaba en el escenario para entonar las canciones de moda, apenas cubierta con una brevísima indumentaria que dejaba al descubierto sus mórbidos encantos. Era bellísima y, además, lo sabía.

No hay para qué decir que la juventud masculina de aquel tiempo se abonó al espectáculo, y que noche a noche suscitábanse disputas en la taquilla para adquirir los boletos de entrada correspondientes a los lugares más inmediatos al foro y poder así recrear la vista con las perfecciones anatómicas de la canzonetista, la cual puso de moda una melodía llamada “Celo-sa”, que empezaba de esta suerte: “Me daba vergüenza, decirlo y contarlo, pero ya no puedo, más tiempo callarlo”. Melodía que todos los jóvenes de entonces acabamos por memorizar, estando de acuerdo en que la confesión hecha en los versos era lo único que avergonzaba a la turbadora cupletista.

Una noche de tantas, salimos juntos de la función Guillermo Saucedo, Agustín González Flor -*El Chino*- y quien esto escribe. Era cerca de media noche y al pasar por la plaza principal nos encontramos en una banca a un grupo de desvelados, con los que departimos durante largo rato sobre las visibles -e invisibles- turgencias de La Perla Indiana. La conversación, como es de suponerse, hubiera hecho sonrojar a un escritor de novelas de noche.

A la una de la mañana los tres amigos nos despedimos de los demás y nos encaminamos a nuestras respectivas casas, haciendo una última estación en la esquina del Obispado, finca ahora derruida, que está en la confluencia de las calles Constitución y Zaragoza. De ahí, *El Chino* González debería seguir por Constitución y Guillermo y yo por Zaragoza.

Y fue, cuando precisamente nos despedíamos, que los tres escuchamos un grito inexplicable, un alarido de dolor que rompió el silencio de la noche, nos taladró los

oídos y desplomó toda entereza juvenil. Fue algo así como un gemido prolongado, desgarrador y positivamente impresionante.

Nos miramos unos a otros con expresión de sorpresa y miedo y fue *El Chino* quien primero externó lo que Guillermo y yo no habíamos dicho, pero intuimos lo mismo: -¡La Llorona! ¡Es la Llorona!...

Por naturaleza y experiencia, no soy susceptible al fácil pánico. Nunca he creído en lo extraordinario y desde adolescente considero que todos los fenómenos, aun los menos explicables, tienen, al fin y al cabo, una explicación satisfactoria que no siempre está al alcance de la mano.

Confieso, sin embargo, que en esa ocasión sentí miedo, como nunca antes lo había sentido ni lo he vuelto a experimentar. Miedo confuso, irracional, absurdo y, por lo mismo, espantoso. No había cerca ningún espejo en que pudiera mirarme, pero “me vi” en la fisonomía de mis amigos: desencajados y pálidos hasta la transparencia.

Con el deseo de buscar una razón inteligente a lo ocurrido, sugerimos la posibilidad de que algún vecino se encontrara enfermo, pero Colima es tan pequeña ciudad y el centro de la población de tal manera conocido, que no encontramos un candidato viable al grito aterrador.

No obstante, como era preciso separarnos, *El Chino* insistió en que lo acompañáramos la cuadra que distaba de su casa, esgrimiendo el argumento de que al pasar por El Beaterio oía todas las noches a las lechuzas que se anidan en sus

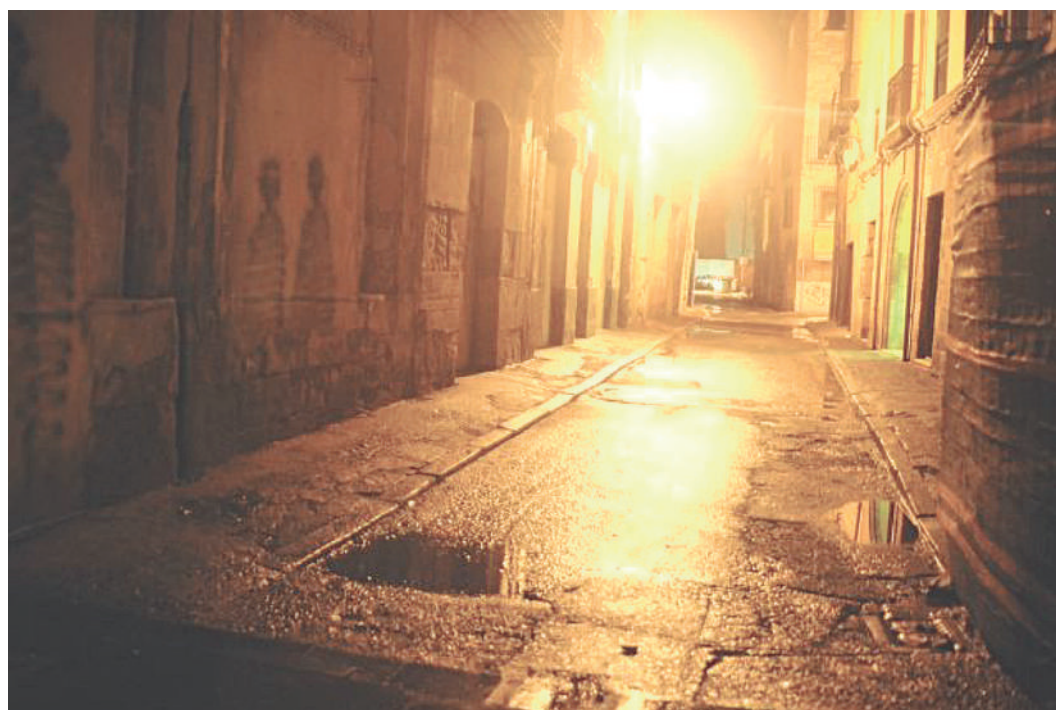
torres, y esto, que en condiciones normales resultaba carente de importancia, contribuiría a acobardarlo en el estado de ánimo en que se hallaba esa noche.

Guillermo y yo nos opusimos terminantemente, con una pregunta que era toda una obra de arte del convencimiento: -¿Y a nosotros, quién nos acompañará?

Con el valor en la suela de los zapatos cada uno tomó el camino de su domicilio, haciendo el recorrido lo más aprisa posible y silbando fuerte para distender los nervios.

Han pasado más de 40 años de ese incidente y, durante mi largo caminar por la vida, se han desvanecido mis escasas propensiones a lo sobrenatural, fortaleciéndose, en cambio, mi inclinación al escepticismo. Sin embargo, cuando evoco esa aventura, me pregunto aún: ¿Dónde surgió ese tremendo gemido nocturno? ¿Quién fue capaz de lanzarlo, transformando en pánico irrefrenable el sentimiento de euforia sensual de tres hombres jóvenes que acababan de deleitarse con la belleza incitante de La Perla Indiana?

¡Quién pudiera saberlo...!



Y fue, cuando precisamente nos despedíamos, que los tres escuchamos un grito inexplicable, un alarido de dolor que rompió el silencio de la noche, nos taladró los oídos y desplomó toda entereza juvenil.

Una Princesa en la familia*

Luis Manuel Cárdenas Martínez

En el siglo pasado, a finales de los años 50, los Martínez ya habían tenido una reina de la secundaria del Instituto Cultural Femenino A.C., mejor conocido como el Colegio de las “Adoratrices”, allá por la calle Aldama, fue Bertha I, y luego hubo otra más, Isabel II, sí, como la inglesa de los reinos de la mancomunidad, pero ahora en los 70, representando a la asociación de los Charros de Colima, isí, señor!; pero nunca se había tenido a una princesa. Sin proponérselo, la familia local de sangre y política, conocidos, catedráticos, y demás parentela “de fuera”, le pusieron entusiasmo al real asunto Real, para seguir con la tradición. Sólo se logró que la tía Rosa, se convirtiera en Princesa de la Feria de Todos Santos de Colima, en el lejano año de 1977.

En ese verano del siglo XX, los Beatles tenían siete años separados; Camilo Sesto ya había estrenado en España Jesucristo Superestrella y nombrado el cantante español más importante del año; Raúl Velasco continuaba deleitando al respetable con su programa kilométrico hacedor de estrellas convenientes; la película *Fiebre del Sábado por la Noche*, con Travolta, enloquecía a las masas en los cines del gabacho; y en el estadio San Jorge, de Jorge Assam, en la colonia Placetes, los Jaguares de Colima sacaban de la modorra tropical dominguera a los aficionados al *fut* profesional, con tardes de goles de Alejandro Velasco, en tanto que la juventud de entonces no tenía otra opción que adueñarse del portal Medellín a observar los coches pasar y estacionarse hasta en tercera fila, provocando inusuales y divertidos congestionamientos en el tráfico vehicular de la calle Madero durante las calurosas tardes-noches de siempre. Ya sólo la “momisa” usaba la plaza de armas para ver y dejarse ver.

La familia de mi abuelo Miguel Martínez Valladares, era oriunda por rumbo del Ranchito “mich”, El Ticuiz y Coahuayana, en la costa del vecino estado de Michoacán, con lazos de sangre también de un poco más allá, en la sierra de Tierra Caliente, en el municipio de Coalcomán de Vázquez Pallares, lugar famoso por sus fiestas decembrinas tradicionales y más que nada por sus bellas mujeres. Tres de ellas, en diferentes tiempos, vinieron a Colima a quedarse para siempre.

Don Miguel, como se le decía de manera respetuosa y de quien se dice era un hombre recio, firme, pero justo, moreno de más de 1.90 mts., corpulento como el oso, cautivador al estilo del Kalimán de la radio y que lo mismo le ordenaba al peón que hiciera su trabajo de ordeña y se sentaba en la misma mesa con él a disfrutar el almuerzo bien ganado, que ir a la capital del país por invitación directa del presidente “Tata” Lázaro Cárdenas del Río a coordinar el reparto agrario correspondiente de la época, teniendo un sentido progresista, inteligente y práctico, no dudó nunca en trasladar a la ciudad de Colima a todas sus hijas Martínez Licea, conforme se iba requiriendo, para estudiar la primaria, comercio, secundaria, preparatoria y alguna licenciatura, aprovechando la cercanía y medios de comunicación que la costa michoacana del Pacífico guardaba con respecto a la capital colimense, esto a pesar de haberle tocado una época en donde los hombres en general, debían de ser de a caballo o de cadillac, con pistola y rifle,

o de pipa, puro y gazne, y la mujer, que apenas había logrado tener participación cívico-política votando por primera vez, era a la que se le obligaba a tener chaperón para todos los menesteres sociales o hasta para salir al pan.

Así, primero llegó Bertita, a estudiar comercio y secundaria, y a ser la Reina de su generación, en ese orden. Fue hospedada por su hermana Luz María, quien estaba casada por ese entonces con el Dr. Enrique Antonio Voges Herrera, a una casa colimota con fantasma incluido y de patio central con pozo y mango; con corral al fondo; muros de adobe; piso pulido estampado; cubierta a dos aguas; cielo raso de zinc alemán y corredores de teja que por las noches se llenaban de murciélagos y se tenían que espantar a raquetazos.

Bertita, una vez culminados los estudios y un noviazgo de varios años bien vigilado, de esos que eran a través de las ventanas alargadas y de rejas negras de forja, ideal para las serenatas, contrajo nupcias con Hilario Cárdenas Jiménez.

Luego le tocó el turno a Ma. Isabel, la Reina Charra, llegando a recibirse de licenciada en Trabajo Social en la Universidad de Colima y a formar una familia con el coquimatlenense Marcelino Morentín y a hacer vida de campo, cuidando y administrando las cosechas y el ganado del marido y cocinando con un sazón de chuparse los dedos en todo lo que hacía: pan, pasteles, pozole, menudo, limones cristalizados con cajeta y coco, tortillas a mano, birria, tamales de ceniza y de elote, tamales colados, camotes enmielados, capirotadas, enchiladas dulces, arroz con leche, quesos, barbacoa de borrego y mariscos de todas formas colores y sabores.

Por último llegó la benjamina de la familia, Rosario, Rosa como se hacía llamar, o Rosita, como le decían los conocidos, para estudiar secundaria y preparatoria. Para entonces Don Miguel había construido casa, con proyecto del joven ingeniero

Carlos Vázquez Oldenbourg, en el primer desarrollo inmobiliario residencial formal de la ciudad de Colima, la colonia Magisterial, allá por el rumbo del jardín y templo de San Francisco de Almoloyan, entre vestigios del siglo XVI del convento franciscano de la otrora Villa de Colima.

Rosita ingresó, como era la costumbre en la familia, a la secundaria del Colegio de las Adoratrices, que era entonces exclusivo para señoritas y tenía en su matrícula a lo más selecto de la sociedad colimense, con hijas de familia de probada educación y buenas

costumbres. Ahí estaban, pues, los vástagos de las familias Ruiz, Rodríguez, Briseño, Salazar, Cárdenas, Espinosa, Cabrera, Silva, Retana, Solórzano, Aguilar, Levy, Smith, Assam, Trillo, Quevedo, Huerta, Bayardo, Schulte, Cervantes, Arreguín, y Martínez Licea, entre otras más. De ahí obtuvo su certificado de secundaria para irse al Bachillerato 1 de la Universidad de Colima, donde ya en los últimos semestres le llegó la invitación para participar como candidata a reina de la Feria Agrícola, Ganadera, Comercial e Industrial del Estado de Colima o Feria de Todos Santos, por el municipio de Colima. En ese entonces tenía 17 años.

Por ese tiempo y al igual que ahora, se hacía la invitación a todos los municipios del estado para que enviaran sus candidatas a la contienda de otoño, sólo que había



Rosita Martínez Licea.

Rosita ingresó, como era la costumbre en la familia, a la secundaria del Colegio de las Adoratrices. De ahí obtuvo su certificado para irse al Bachillerato 1 de la Universidad de Colima, donde ya en los últimos semestres le llegó la invitación para participar como candidata a reina de la Feria de Todos Santos, por el municipio de Colima. En ese entonces tenía 17 años.

una particularidad, se estilaba que hubiera dos candidatas por el municipio de Colima capital, era un derbi a fuerzas, un clásico como dirían los clásicos, lo cual servía para darle sabor al caldo y, por supuesto, más dinero al gobierno, ya que el sistema de competencia se basaba en que quien recolectara más dinero a favor de tal o cual “miss”, ésta se ganaba el título de la Reina de la Feria de ese año. El sistema también servía para separar amigos, conocidos, socios, políticos y uno que otro noviazgo, debido, invariablemente, a lo estrecho de la población y sociedad en donde todos se conocían hasta en el pensamiento, se frecuentaban los mismos lugares y las mismas fiestas, iban a la misma escuela, o incluso el mismo salón de clase, lo que obligaba a tomar partido y no claudicar ni cambiar de bando y candidata. Era la guerra honorable y efímera, pero guerra al fin.

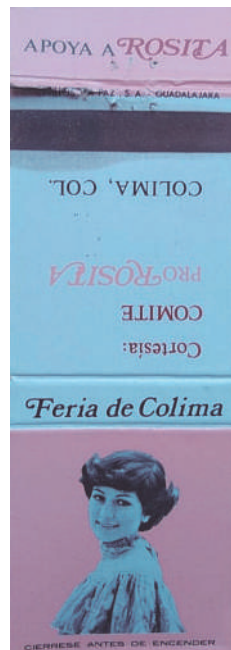
Era una contienda transparente y de buena fe, se formaban los comités legalmente y éstos se ponían a trabajar a la inversa, es decir, si querías votar por tu candidata favorita tenías que poner de tu dinero, y no se cuestionaba el origen de los mismos, un peso igual a un voto. Al final, todo lo que se obtenía se entregaba debidamente al Gobierno del Estado para que se beneficiara a las familias colimenses menos favorecidas a través del recién constituido Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia o DIF, “por sus siglas en español”, resultado de la fusión del Instituto Mexicano para la Protección de la Infancia o INPI, y del Instituto Mexicano de Asistencia de la Niñez, IMAN.

Siglas más o siglas menos, en ese año, el municipio de Colima invita a participar a la guapa señorita Loly Ruiz Terrones, hija de los señores José Ruiz Villalvazo y Dolores Terrones, con un poderoso equipo respaldado por la Mueblería Ruiz y como presidente de su comité contaron con el exitoso y entonces joven empresario Raúl Cortés, y por el otro lado, se le corre la invitación a Rosario Martínez Licea o Rosita, hija menor de los señores Miguel Martínez Valladares y Ma. del Rosario Licea Vega, con más apoyo que el producto de los beneficios del cultivo de temporal de plátano, coco y maíz de los ranchos de la familia. Coincidentemente, Loly y Rosita habían sido compañeras de salón y casi de banca cuando cursaban la secundaria, apenas dos años antes.

Fue el Dr. Jaime Morales, maestro de biología de la tía Rosa en el Bachillerato 1 de la Universidad de Colima, quien le propuso contender, a lo que en principio no aceptó, pero ante la insistencia y por ser el “doc” una persona servicial, honorable correcto y formal, al final le dijo que sí. Una vez obtenida la anuencia de la candidata, cual debe, Jaime Morales fue con intermediarios a solicitar el permiso oficial debido, llevando amigos en común con la familia, sacerdote, monja adoratriz y hasta el perico, a la casa de los hermanos y hermanas mayores cual pedimento de mano, que por supuesto se le dio la venia. Don Miguel había dejado ya este mundo, pero igual habría asentido.

De inmediato a trabajar, se formó el comité presidido por el mismo Dr. Morales y de tesorero fungió el Sr. Juan Rincón, quien era el gerente del Banco de Colima, para que todo estuviera debidamente fiscalizado. Hubo también asesores que aportaron ideas y experiencia al asunto durante esos dos meses previos al baile de coronación.

Lo primero, la imagen: corte de cabello y peinado con Fela, en Plaza del Sol de la Perla Tapatía; Pedro Gallardo recomendó el estudio fotográfico de Arturo Gil, de moda en aquella época, también en la ciudad de Guadalajara, de cuyas fotografías con diferente vestuario, a color y en tamaño 8” x 10” inundaron los escaparates comerciales de la calle Madero de jardín a jardín, así como los muros de la prestigiosa Casa Ceballos de *Caco*, los de la barbería Ceballos de Lencho y Pisa, y los de la Mueblería Barragán en los portales del centro de la ciudad. Se mandaron a hacer en la cerillera de La Paz, carteritas en color rosa



Cerillos de promoción.



Boleto de la rifa.

Era cuando la trompeta y Chema hacían su magia con: “No hay flor en la comarca que se acerque a tu belleza ni nombre que rivalice, tu inventaste el aroma y la forma de la rosa y con ello los versos y la prosa”.

con la imagen de la tía Rosa con su rostro en blanco y negro y párale de contar para la promoción.

El proyecto principal para obtener recursos y votos fue la rifa de una casa, se compró y se imprimieron los boletos y a vender. Se realizaron, también, por el rumbo de Pueblo Juárez, carreras de caballos parejeras en donde los jinetes y dueños de las cuadras no cobraban para que las ganancias fueran mayores en apoyo de la candidata.

La campaña iba bien, pero bien a secas, algo faltaba, eso de un no sé qué pero sé que falta.

En la sesión semanal número 4 del comité Pro-Rosa I, en el consultorio particular del Dr. Morales, a la una de la tarde calurosa de octubre, el equipo de aire acondicionado hizo de las suyas y dijo no más y dejó de enfriar, se abrieron ventanas, sacaron abanicos y los sudores, pero no las ideas - “Tráiganse unos tejuinos de Don Chema para la calor, ¡por favor!”, alguien sugirió, y una comitiva especial fue en su búsqueda y tal como en “El Niño Perdido”, a rumbo del sonido estridente de notas traslapadas de la trompeta abollada y con pátina, para decirlo de manera elegante, de Chema el tejuinero, se le localizó por el barrio tradicional pitayero de la Sangre de Cristo, se hizo el pedido y juntos se enfilaron todos de regreso al consultorio para preparar y entregar la bebida refrescante, cual debe, en el momento. Nadie sabe cómo surgió la integración de Chema al comité, ni si se le pagó por sus servicios, o por aquellos tejuinos.

¿Fue acaso una pócima en el preparado de masa de maíz fermentado y piloncillo de la bebida tradicional?, ¿un chispazo recurrente?, ¿un acto desesperado?, ¿una alucinación por las altas temperaturas?, ¿la trompeta funcionó como el embrujo de la flauta de Hamelín?; el caso fue que a partir de ese momento se volvió clave y sin saber se contó con el primer “influencer” de la región; no había evento, reunión de trabajo, fiesta de familia o de amigos pro Rosita en que no se apareciera, generalmente con el desparpajo que lo caracterizaba y con media estocada de alcohol en la sangre, siempre dispuesto, con su roja nariz a amenizar y sobre todo a recitar odas originales de su ronco pecho, a la tía Rosa.

El espacio de lucimiento estrella para que la promoción de tales alabanzas a la candidata surtiera efecto fue estratégicamente planeado para que se realizaran los domingos por la tarde en el estadio San Jorge, durante los juegos de fútbol del equipo de los Jaguares de Colima. Chema llegaba primero a apartar lugar en las gradas de sombra y en lo más alto del lugar para que todos escucharan, Rosita llegaba, por supuesto, ya iniciado el encuentro para hacer la entrada triunfal y atraer las miradas hasta de los jugadores en el campo, era cuando la trompeta y Chema hacían su magia con: “...No hay flor en la comarca que se acerque a tu belleza ni nombre que rivalice, tu inventaste el aroma y la forma de la rosa y con ello los versos y la prosa...”, o con las que llevaban el mensaje subliminal de venta de voto: “...La niñez te alaba, te sigue por tu corazón protector, eres quien tiende la mano, como la madre que se busca al anochecer, eres el ángel de la guarda a la hora de dormir, no me dejes soñar con la bruja Escaldufa, sé la reina de la feria, voy a ir con mi familia y en el puesto de Mabe seguro que a comprar una estufa...”, y las de referencia al festejo ferial: “...Entre gritos de pregonero, olores de manzana y perón, luces multicolores, carruseles, ratón loco, carros chocones y trábant, nueces y jugo de caña, la nueva reina con cetro, corona y capa se pasea alegrando el lugar, ven a disfrutar con tu

familia que Rosita ganará...”.

Las odas se entrelazaban con los chiflidos y las 5 notas de la trompeta de Chema para los recordatorios familiares que, de forma muy respetuosa, se le dedicaban al árbitro cuando pitaba en contra del equipo local o, la mayoría de las veces, de puro gusto, sumándose también los saludos a la porra contraria que se le asignaba siempre en la zona económica y sin techo, con un “¡Ora, jodidos de sol!”. De no ser por estos acontecimientos, los partidos soporíferos cuando eran de mero trámite por estar lejos de aspirar al campeonato, podrían matar de aburrimiento a cualquiera y ni con las quinielas cantadas por los “camoninos” levantaban el ánimo, por más entusiasmo que le pusieran Malin Rodríguez y Alejandro Velasco, partido a partido.

No todo fue diversión sana ni solaz esparcimiento. Hubo acontecimientos que mancharon el proceso de la candidatura de Rosita. Uno de ellos afectando la moral del comité porque a uno de los asesores, al regresar a su casa después del domingo futbolero, se topó con que los amantes de lo ajeno habían entrado al hogar familiar a robar, la puerta principal de madera y chapa forzada fue el indicativo de que habían traspasado la propiedad llevándose 2 televisiones sony a color, joyas, ropa, maletas, dinero, una pistola calibre 22, una cámara Kodak profesional con estuche de piel y, el colmo, la alcancía metálica a medio llenar con tostones y veintes de cobre del cuarto de los niños, producto de los ahorros de los “domingos” del año.

La otra mala noticia fue el fracaso de la rifa de la casa, no se vendieron todos los boletos por el corto tiempo y apenas se salió *tablas*. Ya se sabía para entonces que el triunfo no era parte del objetivo.

Aún con eso el ánimo no mermó, la fiesta es la fiesta y ya todo estaba listo para el cómputo final que se llevaba ante las autoridades estatales, los comités y el público en general en el patio principal de Palacio de Gobierno. Era un gran acontecimiento que ponía a todo mundo en humor de feria. Eran los últimos momentos para seguir fomentando el voto que había que poner en los botes y llevarlos de tanto en tanto a los escrutadores que iban anotando en un pizarrón los números de la contienda a la vista de todos. Había venta de paletas, tuba y semillas de calabaza anticipando la romería guadalupana, se escuchaban las porras escandalosas que animaban la ocasión, incluso la sobrina y nieta mayor del clan Martínez, que ese día celebraba su fiesta de quinceañera, después de dar gracias en la capilla rangeliana del convento de las Adoratrices canceló fiesta,



Momento de su coronación como Princesa.

Ya todo estaba listo para el cómputo final que se llevaba ante las autoridades estatales, los comités y el público en general en el patio principal de Palacio de Gobierno. Era un gran acontecimiento que ponía a todo mundo en humor de feria.



Engalanada como japonesa, durante el Baile Internacional de la Feria.

juntó a las amiguitas y tomó rumbo a Palacio de Gobierno al mitote en apoyo a la tía.

El evento se cerraba a las 11:59'59'' pm del sábado, los números en la pizarra no daban un claro vencedor entre las punteras Rosita y Loly minutos antes del cierre y, como en la guerra y en el amor todo se vale, se supo de antemano, por el alto nivel de espionaje fino y agentes dobles incrustados en ambos lados contendientes, o sea el chisme profesional, que el padre de Lolita Ruiz había hecho un cuantioso retiro bancario y era su as bajo la manga para asestar el golpe de autoridad requerido para el caso. El tío Venancio Miguel, hermano de Rosita, también había hecho lo mismo, haciendo un cuantioso retiro bancario y estaba dispuesto a dar la batalla, sin embargo, de último minuto se tuvieron los datos claros de cuánto ascendía la cantidad dispuesta para Lolita y se pasó el dato al Dr. Morales, a los asesores y al tío Venancio, y en reunión privada en el cuarto de control de crisis, se tomó la decisión de dar marcha atrás. La tía Rosa, resignada, estuvo de acuerdo. No se depositó el dinero que se creía era para ganar. Y así fue que se tuvo una princesa en la familia.

Cuenta la leyenda que el Cine Princesa que existió allá por el antiguo Hospital Civil de Colima, al norte de la ciudad, fue puesto en su nombre, pero esa es otra historia y debe contarse en otra ocasión, en tanto, el dinero del tío Venancio se destinó mejor en la educación de la tía Rosa que se recibió, con el pasar de los años, en Administradora de Empresas con especialidad en Turismo.

Al final, todos obtuvieron lo que querían, hasta los ladrones que se metieron a robar la tarde del domingo aquel. El gobernador del estado, Arturo Noriega Pizano, coronó a Loly I en el Casino de la Feria, se benefició a la niñez colimense y sus familias, Chema siguió vendiendo tejuinos, los amigos lo volvieron a ser y se olvidaron las afrentas, pero sólo de momento y en espera del siguiente año para volver a participar y encontrar nuevos enemigos de feria, ver nuevas candidatas y en qué usar el tiempo de octubre mientras el año terminaba, porque cuando aquí se dice que huele a feria uno suelta el cuerpo y ya se ve festejando el Año Nuevo y en ruta de las fiestas Charrotaurinas de La Petatera de Villa de Álvarez, repitiendo el ciclo, cual rueda de la fortuna.

**Viñeta ganadora del tercer lugar del Premio Estatal de Viñetas Manuel Sánchez Silva 2020*

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

Bordos, represas y cortinas

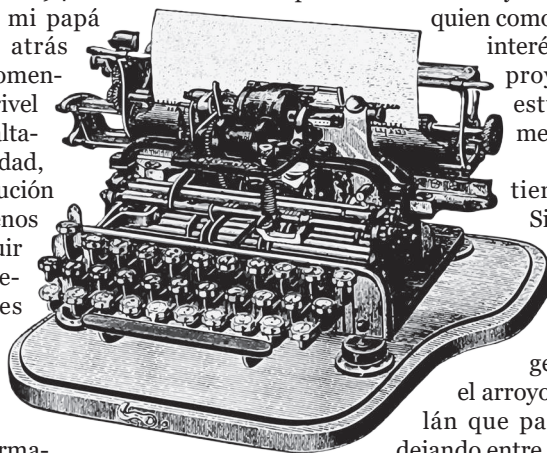
Carlos Caco Ceballos Silva

VERANO de 1940.- Me platicaba mi papá que años atrás le había comentado el ingeniero Harivel que si en un futuro faltara el agua para la ciudad, él veía como una solución viable, práctica y menos costosa la de construir bordos, cortinas o represas en diferentes lugares a lo largo del río de Colima, para captar las avenidas del temporal de lluvias con las que se formarían pequeñas lagunetas que servirían para paseos, cría de pescados, además desde luego del almacenamiento de agua que por gravedad surtiría gratuitamente a la ciudad en el estiaje.

En la misma década, unos ingenieros norteamericanos que vinieron de Tucson, recomendados a mi papá para que los asesorara conectándolos con la agencia de la Secretaría de Agricultura para estudio del sistema hidrológico del estado, mi papá los invitó a recorrer distintos lugares de la cuenca del río de Colima, entrando por San Cayetano y por el rumbo de Chapa. Les platicó mi papá sobre las represas o bordos y ellos muy acuciosos e interesados después de pedir datos, ver los suelos, las paredes de las barranquillas y la corriente, comentaron que era factible y de magníficos resultados, pues con los almacenamientos del temporal de lluvias subirían los mantos freáticos ahorrándose mucha agua que actualmente se desperdicia yéndose hacia el mar.

Impresionado mi padre con lo del agua, lagunas, peces y desperdicio, empezó a hacer gestiones ante nuestros gobernantes, González Lugo, Chávez Carrillo y Velasco Curiel, sin lograr ningún resultado, pues parece que ya desde entonces aunque nuestros gobernantes eran más accesibles, no eran fáciles de convencer con la lógica y menos por un simple ciudadano. Mi padre partió en 1973 y, con su recomendación, yo continué con el mismo tema con Silva García, Noriega y Griselda Álvarez, desde luego con los mismos nulos resultados. Expuse mis inquietudes y sugerencias sobre lo mismo al ingeniero Vázquez Oldenbourg, quien se mostró partidario, pues recorrió a pie parte de la cuenca del río Colima, pero agregó que no había recursos económicos en la comuna;

por último le escribí y hablé con nuestro actual, quien como buen político mostró interés, pero desde luego el proyecto se analizaría y estudiaría, y posteriormente se resolvería.



Recuerdo que en el tiempo del gobernador Silva García, un simple ciudadano como el suscrito, mi compadre Jorge González Flor, expuso una sugerencia parecida para el arroyo de La Rosa o Camotlán que pasa entre dos cerros, dejando entre ambos una abertura o barranquilla de alrededor de cien metros.

La idea era que mediante una cortina construida en ese lugar se captaría tal cantidad de agua rodada a Manzanillo, Santiago y demás pueblos, rancherías y balnearios del rumbo. Siguió agregando que precisamente donde se haría el almacenamiento detrás de los dos cerros hay varias lagunetas naturales que les llaman tinajas y que tienen agua todo el año. Pues todo parece que era y es un proyecto práctico, viable y desde luego no costoso, pero desgraciadamente para todos no se hizo, pero sí se construyó un sistema costosísimo: una serie de pozos profundos contruidos en Armería, llevándose el agua a base de bombeo hasta Manzanillo con altísimo costo por mantenimiento.

Últimamente se ha estado comentando y haciéndose declaraciones por las oficinas respectivas de un proyecto para traer el agua de Zacualpan. Este proyecto, según me lo han manifestado muchas personas, será muy oneroso, lo mismo que su mantenimiento, además de que ese gran caudal de agua que actualmente riega grandes extensiones de tierras, se cancelaría con grave perjuicio para la agricultura.

Ojalá y estas consideraciones expuestas a tiempo a la opinión pública y a nuestros gobernantes, sirva para que en beneficio de todos, sea resuelto positivamente el sistema de presas, bordos y cortinas por ser más viable, menos costoso, con grandes ventajas turísticas, piscícolas, etcétera, etc., en las cuencas de los arroyos del Manrique, La Barragana, Comala y río Colima, y así tener agua rodada abundante sin mayor costo en los municipios de Colima, Villa de Álvarez y Comala.

* *Empresario, historiador y narrador.* †

Embrionario

Claridades:

Magda Escareño

II Catarsis cristalina:

Tan inmediato, que no hubo razón fija sino tambaleante: como las gotas que bajan desde el tejado y se agotan sobre el pavimento. Se estrellan, se llenan de suciedad. Y ya las horas las secan sin dejar ningún rastro. Compleja situación que por más claridad, deja una mancha de agua...

Memorias de naufragios I

Ángel Gaona

En una banca de pueblo
comenzaron mis escarceos
el primero fue con una niña angelical
de grandes ojos y labios carnosos
después, en el atrio, besé a otra
de la que me enamoré perdidamente
ella de trece, yo dieciséis
por años, la sufrí más de la cuenta
me buscó antes de casarse
pero yo ya tenía otra
que me quiso mucho hasta que dejó
de hacerlo
las recuerdo ahora que
recorro horas inciertas, me queda
la memoria de mis naufragios
Sentado en la banca de un parque
villalvareense
sueño la historia de esos días.